

HABLEMOS DE MUJERES

Ombretta Frau

GINA SOBRERO, ENTRE LA AUTOBIOGRAFÍA Y LA NOVELA

En una nota de la edición de 1964 de sus obras, la autora de una de las novelas más abiertamente autobiográficas del siglo XX, Natalia Ginzburg, escribió:

"Tenía un miedo sacrosanto a la autobiografía. No era miedo sino terror, porque la tentación hacia la autobiografía era muy fuerte en mí, como sabía que les sucede generalmente a las mujeres [...] Y tenía un terror sacrosanto de ser «pesada y sentimental», [...] defecto éste que me resultaba odioso por su carácter femenino: deseaba escribir como un hombre." (*Opere, 1986, p. 1121*) Esta breve reflexión presenta características y elementos conflictivos típicos de la literatura femenina: repulsión y atracción por el género autobiográfico, aversión declarada por el sentimentalismo, deseo de eludir la etiqueta de "escritora" como poseedora de ciertos rasgos pertenecientes a una suerte de subcategoría del sexo.

Dentro del estilo autobiográfico, la obra más significativa es el libro de Sibilla Aleramo, *Una donna*, que se remonta al año 1906, una "declaración de guerra" con respecto a su

propia condición de pequeña burguesa en la cual, tal como lo observó María Corti (prólogo a *Una donna*, 1996), la autora señala los problemas existenciales de una mujer en la sociedad italiana de fines del siglo XIX: "la soledad [...], resultado de la incomprensión de sus aspiraciones de libertad intelectual", unida a la "necesidad de evadirse, de encontrar su propia independencia". La obra de Aleramo constituye una etapa importante de nuestra historia literaria, por cuanto se la puede considerar la iniciadora de una tendencia que va desde el *memoir* convencional hasta los experimentos contemporáneos más originales, entre los cuales podemos recordar *Casalingitudine*, de Clara Sereni, obra en la que el recuerdo se filtra a través de la preparación y la consumición de la comida.

Es necesario recordar que la producción femenina se ve muy condicionada por el binomio vida-escritura y por la inclinación a utilizar el narrador en primera persona, tendiente a representar el punto de vista de la mujer-narra-

ra que se acerca a la escritura autobiográfica propiamente dicha. Sin embargo, cuando una escritora decide narrar su propia existencia imperfecta y negativa con respecto a los cánones tradicionales que la ven en el papel de esposa y madre ejemplar se encuentra ante una encrucijada: por un lado, la necesidad de escribir como ejercicio intelectual y lento al mismo tiempo, y por el otro, el temor de descubrirse y de ofrecer modelos de conducta que poco se ajustan a las convenciones sociales.

Un caso hasta ahora poco conocido que ilustra muy bien esta dicotomía es el de la baronesa piemontesa Gina Sobrero (1863-1912), que escribía bajo el original seudónimo de Mantea, autora de varios libros de buenas costumbres³, periodista y novelista. La fama de Mantea se basa en su reputación como escritora bastante conservadora, de prosa "dannunziana" y sustancialmente antifeminista en sus notas periodísticas. Sorprende, entonces, descubrir que, al final de su carrera, Sobrero decide publicar un diario permitiendo al público conocer la faceta más íntima de su vida. El libro, de título profundamente deamiciiano, *Espatriata: da Torino a Honolulu*, fue publicado en 1908 por el editor romano Voghera, poco después de la escandalosa novela de Aleramo. *Espatriata* posee un valor doble: el valor histórico y antropológico del relato de un viaje y el valor literario de la autobiografía. En esta obra, la autora narra su desafortunada experiencia matrimonial con Robert William Wilcox, un oficial de las islas Hawaii a quien conoció en Turín y siguió, poco después de celebrada la boda, en su viaje por el Pacífico. El libro se interrumpe bruscamente cuando se produce la súbita fuga hacia San Francisco, después de la condena al marido por conspiración.

El relato comienza a los dos meses de la boda con un examen de conciencia de la autora que se pregunta acerca de la oportunidad o no de contar su propia historia: "Creía que habría sido feliz y que entonces no habría tenido una historia" son las primeras palabras escritas en sus páginas. Un marido que la ignoraba, la forzada estaba en lugares que, a su parecer, eran salvajes y primitivos unidos a la soledad, obligaron a la joven Gina a buscar alivio en la escritura. A estos motivos se le añaden otros y, básicamente, el doloroso conocimiento de la falta total de confianza en sus capacidades intelectuales por parte del marido que aura a Mantea con Aleramo. En las páginas de *Espatriata*, Mantea confiesa su propia ambivalencia con respecto a su marido, a su inminente ma-



Foto: Giovanni Savognini/Bezza. Natalia Ginzburg (1916-1991) en su casa de Roma en Piazza di Campo Marzio, en conversación con Eugenio Guasta en 1970.

³ Sobrero (1863-1912) colaboró en varias revistas y alcanzó notoriedad con un libro de buenas costumbres titulado *Le buone usanze* (Turín, Tip. Roux 1897), que tuvo varias reediciones. Entre sus otras recordadas además *Il galateo delle signorine* (Turín, Lattes, 1911), *Casi della vita* (Turín, Lattes, 1911), *Gli sposi*, *La loro educazione*, *La loro salute* (Turín, Streglio, 1913). Para tener un perfil crítico de Mantea, véase O. Frau, Mantea: due vitti di una scrittrice, que será publicado próximamente en las actas de las VII Jornadas de Estudios Italianos, UNAM, Ciudad de México, noviembre 2003.